

todo la identificación personal de Pablo con el mensaje y misión del 'ebed Yahweh.

En dos apéndices plantea la cuestión de la *crux* interpretativa: A. ¿Quiénes son las *ápistoi*? Se han propuesto no menos de cinco referencias: 1) Personas no dignas de confianza; 2) cristianos del paganismo que no guardan la Torá; 3) los inmorales dentro de la comunidad; 4) los falsos apóstoles; 5) los paganos no cristianos fuera de la comunidad. Considera más plausibles la opción cuarta y quinta; pero la última es la que mejor integra el material en el fragmento. B. ¿Cuál es el yugo desigual? Se han propuesto al menos doce opciones. La primera entiende una separación total como la de Qumran. Las otras once una separación parcial selectiva. Concluye que la clase de separación de los paganos que se reclama es una separación selectiva, no completa. El referente debe restringirse a la idolatría físico literal y metonímica.

La relación del fragmento con su contexto, como clave tanto de la autenticidad paulina como de su relevancia para el conjunto, es, más que una hipótesis, una tesis que el autor ha corroborado con sólidos argumentos. Está clara la continuidad en el uso de tradiciones de Nueva Alianza y Segundo Éxodo. Pone particular énfasis sobre la identificación que Pablo hace de sí mismo con el 'ebed Yahweh. La acentuación es suya; pero la idea no es novedosa. Es la línea esbozada por el estudio de A.-M. Denis, 'L'Apôtre Paul, prophète «messianique» des gentils. Étude thématique de 1 Thess. II, 1-6', *ETL* 33 (1957) 245-318, que, al parecer, no conoce.

Ramón Trevijano

2) ESPIRITUALIDAD

J. R. Flecha, *Buscadores de Dios. I. Entre la ansiedad y la osadía* (Madrid: Atenas 1992) 229 pp.

Pocas cosas definen mejor al hombre como la noble y ardua tarea de buscar. En mayor o menor grado, todos buscamos algo, aunque, a veces, no sepamos muy bien qué. Puede ocurrir, incluso, que sabiendo lo que buscamos, no busquemos lo que más nos conviene ni lo que más necesitamos. Es uno de los riesgos inherentes a la hermosa tarea de buscar: la posibilidad de errar. Otro, no menos común, consiste en olvidar que nosotros, buscadores, somos a la vez buscados. Según esto, el hombre no sólo es tarea y acción, sino también llamada y vocación.

La Biblia, que es la historia de un pueblo de buscadores, es, asimismo, la historia de unas gentes buscadas, en ocasiones muy a su pesar, por Dios. Lo curioso del caso es que, por extraño que parezca, esa historia no ha terminado. Nosotros somos hoy los continuadores de aquellos nómadas, incapaces de comprenderse a sí mismos sin ir de un lugar para otro. En este sentido, Adán y Sara, Aarón y Débora, Rut y Abiatar, Miqueas y Judit, Esdras y Daniel forman no sólo una larga cadena de insignes buscadores, sino que cada uno a su manera es un reflejo de la búsqueda humana de todos los tiempos, hecha a base de lucha y decepción, generosidad y cobardía, confianza y rebeldía.

Con estas páginas, el autor, profesor de la Pontificia Universidad de Salamanca, quiere descubrir esa historia larga y variada de personas que han buscado a Dios con ardor y pasión. Una idea que le viene de atrás, y cuya ejecución se debe a la lectura de un libro de Elías Wiesel. Conviene saber, además, que la obra nació de la catequesis y a ella se orienta. Advertir también —como el propio autor lo hace— que las reflexiones que se ofrecen en modo alguno pretenden sustituir la lectura de los textos bíblicos. Sí que se recomienda leerlas pausadamente y no de seguido. Dichas reflexiones aparecieron primero en la revista *Evangelio y Vida* y han sido utilizadas en un programa de Televisión Española.

Desde Adán, el buscador buscado, hasta Judas Macabeo, el buscador en la guerrilla, desfilan una treintena de personajes, todos ellos acreedores del título de buscadores de Dios. Ahí están Abrahám, buscador de la fe; Moisés, buscador de la libertad; Sansón, buscador desde la soledad; Saúl, buscador desde la contradicción; Elías, buscador del Dios único; Nabot, buscador despojado; Jonás, buscador a pesar suyo; Job, buscador del sentido; etc. Si tuviéramos que destacar algún capítulo en especial, destacaríamos el dedicado a Rajab: el pecado convertido en manantial de salvación; también el dedicado a David: una figura que combina admirablemente la majestad y la humildad; y el que dedica a Oseas: nadie como él ha hablado con tanta ternura de un Dios apasionado que, pese a las traiciones, busca y se deja buscar. Son casos muy llamativos. Todos, sin embargo, nos ayudan a vivir la mayor de nuestras urgencias: la búsqueda de sentido que para ellos equivalía a la búsqueda de Dios. Por no haber buscado a Dios, Israel se vio abocado a la ruina. Buscar a Dios es manifestación de la fidelidad. En este sentido, la búsqueda de Dios es una aventura espiritual que en el Nuevo Testamento pasa necesariamente por el seguimiento de Jesucristo.

Un libro estimulante, de grata lectura, del que hay que lamentar el elevado número de errores de impresión.

Jesús García Rojo

M. O'Neill, *God hears the cry of the poor. The emerging spirituality in the christian communities in Peru (1965-1986)* (Roma: Pontificia Universitas Gregoriana 1990) 320 pp.

Enseguida nos hace saber el autor el origen de este libro (tesis doctoral presentada en la Universidad Gregoriana de Roma): Nació de la experiencia de trabajo en una parroquia de los Andes, donde entró en contacto con un nuevo tipo de comunidades: las comunidades cristianas comprometidas. Estas comunidades, que guardan una relación muy estrecha con las conocidas 'comunidades cristianas de base', son muy activas y están integradas, fundamentalmente, por personas pobres, marcadas por el dolor y el sacrificio, pero también por la oración y la paciencia. Todo lo cual da lugar a una manera nueva de entender la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. ¿No habría que entrever en ello los rasgos de una nueva espiritualidad? Ciertamente que sí. Esto aclarado, la pregunta siguiente es: ¿qué tipo de espiritualidad subyace en las comunidades cristianas de Perú? El autor no duda en afirmar que es una espiritualidad forjada en la lucha por la liberación. Según él, espiritualidad y liberación son inseparables. «El estudio de la experiencia espiritual de la liberación, en los individuos y en las comunidades, está en el centro de la teología de la liberación» (p. 4). Por eso, la vida de las comunidades, al tiempo que testimonia la fe en el Señor Jesús, pone de manifiesto la acción liberadora de su Espíritu.

El estudio se concentra en las comunidades cristianas comprometidas en aquellas partes de Perú donde su presencia es relevante. En cuanto al tiempo, se extiende de 1965, final del Concilio Vaticano II, a 1986, año en que la Sagrada Congregación para la doctrina de la fe publica el segundo documento relativo a la teología de la liberación: *libertatis conscientia*.

Animado por Gustavo Gutiérrez, el autor analiza una serie de textos, encontrados en diferentes archivos, que expresan la experiencia espiritual del pueblo. Son reportajes sobre encuentros, cursos, celebraciones, etc., que dejan constancia de lo sucedido en la Iglesia de Perú en las últimas décadas; a la luz de la fe se hace examen de lo ocurrido, para concluir tomando postura en algún sentido. En esto el autor sigue el método 'ver-juzgar-actuar', otorgando gran importancia a la experiencia del pueblo. Tarea de la teología es articular dicha experiencia; tarea también aquí acometida en la medida en que se estudia la fe de determinadas comunidades y se indaga sobre el tipo de espiritualidad que de ellas emerge. Como ya se ha dicho, es una espiritualidad del pueblo de Dios que lucha por su liberación. Y nada desearía tanto el autor como que estas páginas contribuyeran a una mejor comprensión de la espiritualidad laical.

El Concilio Vaticano II ha favorecido una nueva conciencia de Iglesia, en la que el laico va descubriendo su identidad dentro del pueblo de Dios. Ahí es donde hay que situar las comunidades cristianas, sin olvidar su

contexto socio-político. Comunidades primitivas o de reciente implantación, todas ellas empeñadas en el establecimiento del Reino de Dios y su justicia. Una prueba de lo que decimos es este libro, en el que el grito de los pobres es clave para entender la experiencia religiosa. El grito es una forma de oración a Dios, que ve los sufrimientos de su pueblo y actúa, hoy como ayer, en su favor.

Jesús García Rojo

A. Dou (ed.), *Experiencia religiosa* (Madrid: Universidad Pontificia de Comillas 1989) 339 pp.

En enero de 1984 quedó jurídicamente constituida la asociación interdisciplinar 'José de Acosta', cuyo objetivo es promover el diálogo entre la fe y la cultura. Prueba de ello es el presente libro que recoge las Actas de su XV reunión celebrada en Granada del 6 al 10 de septiembre de 1988. La amplitud y complejidad del tema obligó a estructurar la reunión dando cabida a un elevado número de exposiciones: cuatro ponencias y once comunicaciones. Si, en general, las comunicaciones tocaron aspectos particulares, por deseo expreso de la comisión organizadora, cuatro de ellas estudiaron la relación entre la experiencia religiosa y la ciencia. En conjunto, unas y otras ofrecieron un excelente complemento a las ponencias que, obviamente, fueron el plato fuerte de las jornadas.

Autor de la primera ponencia, *Varietades de la experiencia religiosa*, fue J. Martín Velasco, quien, tras hacer un análisis fenomenológico de la experiencia se fija en el sujeto y objeto de dicha experiencia, así como en la relación entre ellos establecida. En la segunda ponencia, *Nueva reflexión teológica sobre la experiencia cristiana*, R. Franco se ocupa directamente de la experiencia cristiana, llamando la atención sobre el cambio de imagen de Dios como cambio de interpretación de la experiencia religiosa. En concreto estudia la idea de la impasibilidad de Dios. La tercera ponencia, *La ciencia y la experiencia religiosa*, fue desarrollada por C. Sánchez del Río. Según él existe un cierto abuso del calificativo científico en nuestra sociedad actual, que, como consecuencia, ha traído la desaparición del misterio. Por fortuna, la naturaleza es más rica que los esquemas por nosotros utilizados. En esta línea, las teorías científicas son descripciones parciales de una realidad nunca del todo objetivable. A. Udías aprovechó el debate para precisar que «ni la primera generación de la ciencia moderna (Copérnico, Galileo, Kepler) ni la generación de Newton plantean el problema de la incompatibilidad de la experiencia religiosa con el conocimiento científico, ni creen que haya que descartar la experiencia religiosa por el avance del conocimiento científico. El problema aparece en el siglo XVIII y principios del XIX» (p. 201). Por último, A. Tornos, en una ponencia que lleva por título *La construcción social de la experiencia religiosa*, aborda el difícil problema de las condiciones bajo

las cuales podría comunicarse la experiencia religiosa, al tiempo que sugiere ideas para la construcci3n de espacios que susciten experiencias religiosas.

Al final, se confirma que la experiencia religiosa es un tema problemático, pero que, debido a la riqueza de su contenido, tiene un puesto asegurado en todas las culturas. Esto mismo pone de manifiesto la bibliografía elaborada por J. J. Alemany: la considerable producci3n que en torno a la experiencia ha tenido lugar últimamente ha ido acompañada de una gran variedad de enfoques. En definitiva, un libro interesante, aunque, como toda obra en colaboraci3n, de valor desigual. De todos modos, es de agradecer la tarea realizada, que, sin embargo, es una tarea no acabada.

Jesús Carc a Rojo

A. Manaranche, *Un Amor llamado Jesús* (Valencia: Edicep 1991) 206 pp.

Vivimos tiempos de cambio, lo que para algunos significa tiempos de crisis. Crisis que, al parecer, afecta, sobre todo, a los j3venes, que con frecuencia no saben cu al es el verdadero núcleo de la fe. A ellos, en particular, va dirigido este libro, escrito en tierras africanas.

Por esta vez, el autor, haciendo caso omiso de sus notas, ha preferido dejar hablar al coraz3n. El resultado es un texto menos científico, pero mucho más c ldico, que invita a escudriñar el Misterio de Dios revelado en Jesucristo. Algo que anhelan los j3venes, si bien no siempre aciertan a expresarlo. En lo íntimo de su coraz3n los j3venes desean conocer y amar a Jesús. La pregunta es:  quien será capaz de mostrarles el camino? Es bien sabido que muchos de ellos se pierden en los senderos de las pseudo-religiones, sin haber saboreado el pan de la vida prometido por Cristo. Consciente de la situaci3n, André Manaranche se decide a tomar la palabra con una intenci3n, clara y precisa: animar a los j3venes a que salgan al encuentro de Jesús, para lo que se requiere una elevada dosis de coraje y un conocimiento progresivo de su persona.

Pese a reconocer que el encuentro con Jesús tiene mucho de novedoso y que, por tanto, no se puede programar detalladamente, el autor propone tres etapas o momentos, que son las tres partes en que se divide el libro: 1.  El primer contacto con Jesús, donde, sobre todo, importa descubrir la actitud que hay que adoptar frente a Jesús; 2.  La pertenencia a Jesús, ahora se trata de ver qué significa ser cristiano y qué clase de vínculos lo unen con Jesús; 3.  Conocimiento de Jesús: si a una persona la conocemos tratándola, a Jesús lo conocemos familiariz ndonos con el evangelio. All , precisamente, descubriremos que el  nico Dios creible es

el Amor. Y, puesto que Dios es Amor, hace cosas realmente increíbles, tan increíbles como amarnos. Creer, entonces, es seguir a Jesús cada día más de cerca, comprometiéndose seriamente por la causa del Reino de Dios, hasta demostrar que amar con todas las consecuencias vale la pena. En modo alguno esto significa que vayan a desaparecer las dificultades. Aparecerán cuando menos se piense. Pero para no sucumbir a ellas, bueno será dar más importancia a la catequesis. Gracias a ella, el discípulo 'aprende a Cristo' y estima como cosa de poco valor todo lo demás. Su mayor orgullo es trabajar por el Reino. Y esto es lo que pretende el libro: despertar en el corazón humano esa sed permanente que le lleve a buscar el agua viva.

Si, antes que nosotros, otros no hubieran luchado, no creeríamos en Jesús. Para que, después de nosotros, otros puedan seguir creyendo, ahora nos toca a nosotros luchar. Y luchar significa confesar sin miedos ni complejos que Jesús es Señor y Dios, el mejor amigo y la más firme esperanza de salvación. Él es el Cristo que viene del Padre y a Él vuelve. Esto hay que proclamarlo hoy más que nunca. Porque hoy más que nunca «los hombres se contentan con un vago turismo espiritual a través de las religiones y de los sistemas» (p. 78).

Jesús García Rojo

A. Murúa Echevarría, *La oración: sacramento permanente de divinización del hombre* (Madrid: Atenas 1991) 399 pp.

Después de lo mucho que sobre la oración se ha escrito, ¿puede decirse algo nuevo? Una pregunta que suscita división de opiniones. Pienzan algunos que la literatura producida estos últimos años en torno a la oración no sólo ha sido excesiva, sino que, incluso, en lugar de aclarar las cosas las ha complicado, llegando más de una vez a desvirtuar la naturaleza misma de la oración. Por otra parte, ¡japañados estamos si para orar tuviéramos que leer cuanto sobre el tema de la oración se publica! ¿No son las cosas mucho más sencillas de lo que se nos quiere hacer creer? Y, sobre todo, ¿no habrá llegado la hora de orar, pasando por alto tanta teoría sobre la oración? Sin que, probablemente, a quienes así piensan les falte su parte de razón, otros, sin embargo, opinan que la oración es un tema tan rico y sugerente que siempre se puede volver de nuevo a él. Y esto es lo que hace Avelino Murúa, religioso de la Congregación de los clérigos de San Viator. Apoyado en el Concilio Vaticano II y en los grandes maestros espirituales de ayer y de hoy, presenta una especie de tratado de oración, en el que desde el principio se deja constancia de su necesidad.

La oración es indispensable para el cristiano; imposible, pues, imaginar vida espiritual alguna sin oración. En realidad, ella es el necesario punto de apoyo para poder avanzar y crecer con seguridad, lo que equi-

vale a decir que es sacramento permanente de divinización del hombre. Esta es la idea o pensamiento que preside el libro y une las cuatro partes en que se divide: 1.^a *Planteamiento antropológico de nuestra oración*: Tras un somero repaso a las dificultades que el hombre de hoy encuentra para orar, se asegura que la actual crisis religiosa ha demostrado que entre acción y oración no hay oposición, y que para orar debidamente hay que purificar tanto el corazón como la noción misma de oración; 2.^a *Nivel teológico y cultural de la oración*: Se insiste en la dimensión teológica y trinitaria de la oración. La oración es un diálogo con Dios-Padre bajo la acción del Espíritu de Cristo resucitado. Por eso cuando oramos damos testimonio de la resurrección al tiempo que construimos la fraternidad universal; 3.^a *Nivel contemplativo y oblativo de nuestra oración*: Unas pocas páginas son suficientes para indicar que la oración contemplativa, que es liberadora y divinizadora, mantiene al hombre en constante tensión escatológica; 4.^a *La oración litúrgica*: Es la parte más extensa y, posiblemente, también la más lograda. De la oración litúrgica se afirma que es «vida que fluye de Dios a nosotros y culto que se eleva de nosotros a Dios» (p. 219); «es la voz de la Esposa que habla al Esposo» (p. 222). Dada su importancia y excelencia, habría que cuidarla mucho más, fomentando la participación consciente y activa de todos.

Sin querer dar lecciones a nadie, el autor ha querido hacernos conscientes de que la oración es gracia y diálogo interpersonal, pero, sobre todo, vida. Una vida que se alimenta de la plenitud de Dios y de la miseria humana. Esto nos recuerda algo que no por conocido es menos fundamental: que hay que orar desde la fe-esperanza-caridad y desde la humildad. De lo contrario, es imposible avanzar en la oración.

Jesús García Rojo

J. A. Carrasco, *San José, modelo de espiritualidad cristiana* (Valladolid: Centro Español de Investigaciones Josefinas 1990) 197 pp.

En la introducción expone el autor el motivo de este nuevo libro sobre San José: A punto de agotarse la segunda edición de otro que escribiera años atrás (*San José: su misión, su tiempo, su vida*) ha creído llegado el momento de volver otra vez sobre el tema, de modo que los lectores tengan ante sus ojos la augusta figura del glorioso patriarca San José. San José, como es bien sabido, ha sido el gran amor del P. José Antonio Carrasco, al que no ha dudado consagrar prácticamente toda su vida. Un sinnúmero de pequeños y grandes trabajos prueban lo que decimos. Algunos de ellos tuvieron tal aceptación que fueron traducidos a otros idiomas. Es el caso del libro titulado *San José en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, publicado el año 1980. El que ahora presentamos es una obra de madurez sobre la santidad y virtudes de San José, en la que el autor afir-

ma taxativamente que, después de María, San José es el más santo de todos los hombres. Y para probarlo (si es que probar se puede) estudia las virtudes teologales y cardinales en la vida de San José, dejando de lado otro tipo de consideraciones o privilegios.

El método utilizado es sencillo: contempla, primero, a San José dentro de la corriente espiritual del Antiguo Testamento; seguidamente, habla de sus virtudes a través de los evangelios, para hacer, por último, una aplicación a la vida cristiana de nuestros días. Llevar a muchos a la imitación de las virtudes de San José: éste es el objetivo del libro. Estando en prensa, aparecía la exhortación apostólica *Redemptoris Custos*. Sin tiempo ni espacio para referirse a ella, en nota final, nuestro autor desea que produzca una gran devoción al esposo de María y al padre de Cristo.

Como ya hemos indicado, el P. José Antonio Carrasco profesa un amor grande a San José. A lo que tiene pleno derecho. Ahora bien, por mucho amor que uno tenga a una persona no puede dar por ciertas, cosas que carecen de la suficiente fundamentación. En este sentido, da la impresión de que con relativa frecuencia se pasa del terreno de las suposiciones al de las aseveraciones. Así, por ejemplo, cuando afirma que San José acudía los sábados a la sinagoga, donde le tocó leer la Escritura (p. 48), o cuando dice que murió asistido de Jesús y María (pp. 81 y 152), o que trabajaba más fuera de casa que en su taller (p. 164). No se niega que esto haya podido ser así, lo que pedimos es que se demuestre. De lo contrario es preferible atenerse a los pocos datos históricos seguros de que disponemos. Opinión que, por cierto, comparte el autor cuando escribe: «No nos gusta adelantar nada que no haya sido auténticamente demostrado» (p. 114).

Pablo VI decía que la grandeza de San José rima con su humildad, lo que equivale a decir que no es preciso añadirle —tampoco quitarle— nada para que resplandezca su figura. Su presencia en los evangelios es ciertamente muy discreta, pero también muy elocuente.

Jesús García Rojo